

TOLON.

En atencion al proverbio de que no hay compañía por buena que sea que no sea necesario dejar despues de tres dias de fiestas y placeres, tuve que separarme de aquella alegre y honrada compañía marselesa, en la que se me habia pasado una semana con la rapidez de una hora.

Al acompañarnos al carruaje Méry recomendó á Jadin no se le olvidase sacarle, al pasar, un dibujo del lago de Cuges; nos abrazamos despues, y nosotros echamos á andar para Tolon y Mery volvió á Marsella.

El camino que se toma para salir de la capital de la Provenza, es tan caloroso y tan lleno de polvo como el que se sigue para llegar á ella: nada hay mas monótono y mas triste que aquellos olivares mezclados de viñas, en cuyo intervalo, como dice el presidente Brosas, se levantan por curiosidad algunas matas de trigo.

Al cabo de una ó dos horas entramos en las montañas peladas y áridas, en las que el sol y las lluvias no han

dejado mas que su esqueleto de granito. Seguimos el fondo de un valle tan seco como el resto del camino: por último, hácia el anochecer, al doblar una gigantesca roca que obliga al camino á describir una curva, nos hallamos delante de una gran sábana de agua: era el lago de Cuges.

Como el conductor estaba á nuestras órdenes, hicimos alto allí; Jadin, como lo habia prometido, sacó una vista para Méry. El lago estaba en el primer término, Cuges y su iglesia en el segundo: el tercero lo formaban las montañas. Durante este tiempo cogí mi escopeta y seguí las orillas para ver si encontraba algun pato: desgraciadamente aun no habian tenido tiempo de crecer los cañaverales, y los patos estaban en medio del lago á gran distancia.

Volví cerca de Jadin que habia concluido su croquis, y nos dispusimos á pasar el lago.

No era operacion sencilla. Los cugences aun no habian tenido tiempo de construir un puente: además, antes de construirlo querrian sin duda asegurarse de que les seria permanente el lago. En el entretanto el agua habia cubierto la carretera: veíase bien el camino entrar por un lado y salir por otro; pero por el espacio de un cuarto de legua no se tenia otro guia para seguirlo que algunas piedras ó postes á derecha é izquierda. Como el camino formaba calzada, por poco que nos separásemos á un lado ó á otro, caíamos en profundidades que no podíamos medir por las ramas de los árboles que aparecian como matas á flor de agua. Empecé á creer que la Providencia habia sido muy pródiga con Cuges al darle semejante lago, cuando los cugences se hubiesen contentado con una fuente como bastante.

Sin embargo, como no había ni puente ni barca, tuvimos que adoptar nuestra resolución: subimos á la imperial del coche á fin de estar mas dispuestos para salvarnos á nado: y con audacia nos lanzamos en el lago saliendo sin percance alguno á la otra orilla.

Hallamos á Cuges en conmocion: el gobierno había tenido noticias de su lago y había puesto la mano en ello. Los lagos son de derecho propiedad de los gobiernos, únicamente que en este se suscitaba un litigio. Este lago era de fecha reciente y no subía como los otros á la creación del mundo, á lo menos del diluvio. Por el diluvio, como se sabe, hacen los lagos su prueba de nobleza: el diluvio es el 1599 de los lagos. El de Cuges se había extendido sin cumplimiento alguno sobre propiedades y fincas que pertenecían á ciudadanos de las poblaciones circunvecinas. Estos propietarios querían dejar el lago al gobierno, pero siendo indemnizados de las tierras que pedían por esta concesion. Las aguas y los bosques se reían de ellos; ellos se reían de las aguas y los bosques: así había ya habido un gran gasto de papel sellado, y los cugences, como aquel pobre zapatero convertido en rico, estaban casi dispuestos á devolver su lago si querían devolverles su tranquilidad.

Nos detuvimos en Cuges, y volvimos á salir al día siguiente á las seis de la madrugada.

La única cosa curiosa que nos ofreció el camino hasta Tolon, eran las gargantas de Ollioules: las gargantas de Ollioules son las Termópilas de la Provenza. Figúrense rocas escarpadas de dos á tres mil piés de altura, en cuyas cimas hay algunas poblaciones perdidas á que se sube sin saber por dónde y se inclinan airosamente para vernos pasar. Algunas de estas montañas tienen

la pretension de ser volcanes apagados: no me opongo á ello.

Apenas se sale de las gargantas de Ollioules se presenta un gran contraste: en lugar de aquellas dos paredes de granito tan peladas y tan próximas que sofocan, se encuentra una deliciosa llanura encajonada á la izquierda por las montañas en semicírculo y á la derecha por el mar.

Aquella llanura es la estufa de la Provenza: allí brotan al aire libre y á porfía *la palma de Siria, el naranjo de Mallorca, el nesier del Japon, el plátano de las Antillas, el yesca de la América, el lentisco de Creta, y la acacia de Constantinopla*. Aquel es el país de las plantas exóticas, que vienen del Oriente y del Mediodía para ir á morir á nuestros jardines botánicos del Norte. Felices las que allí se detienen porque pueden creerse todavía en su país natal.

A la izquierda de la vuelta del camino que dirige desde las gargantas del Ollioules á Tolon, se verificó el 18 de junio de 1815, el mismo día de la batalla de Waterloo, la entrevista del mariscal Brune y Murat. Este se hallaba vestido de mendigo con un capote gris, un sombrero á la catalana y anteojos de oro. Lo que pedía el mendigo real era volver á ocupar su lugar como simple soldado en los ejércitos de aquel á quien dos veces había perdido, la primera declarándose contra él, la segunda declarándose por él.

Sábese cuál fué el resultado de aquella entrevista. Murat, rechazado de Francia, pasó á Córcega, de Córcega se embarcó para Calabria: puede encontrarse su cadáver en la iglesia de Pizzo.

Al entrar en Tolon pasamos por delante del famoso

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

15323

balcon de Puget que hizo decir al caballero Benmin cuando llegó á Francia, que no merecia la pena el enviar á buscar artistas á Italia cuando se tenían en su casa gentes capaces de hacer semejantes cosas.

Las tres cabezas que sostienen aquel balcon son los retratos de los tres cónsules de Tolon á quien Puget habia quedado agradecido : así la ciudad los conserva cuidadosamente como retratos de familia.

Llevaba cartas para M. Lauvergne, jóven médico del mayor mérito, que habia acompañado al duque de Joinville en sus excursiones á Córcega, Italia y Sicilia, y hermano del Lauvergne, el pintor de marina, que habia dado dos ó tres veces la vuelta al mundo.

Como contábamos detenemos en Tolon nos ofreció en lugar de nuestro sombrero aposento en la ciudad una pequeña casita ó casa de campo muy ventilada que tenia en el fuerte la Malgue. Aceptamos al instante esta oferta que nos hizo con tanta franqueza. Aquella misma noche quedamos instalados en ella, de modo que al día siguiente al despertarnos y al abrir nuestras ventanas tuvimos delante de nosotros un mar infinito que habia necesidad de ver de tiempo en tiempo cuando se le habia visio una vez y que no se cansa uno jamás de ver.

Tolon tiene pocos recuerdos ; fuera del sitio que le puso el duque de Saboya y la traidion que lo entregó á los Ingleses y á los Españoles en 1795, su nombre se halla raramente citado en la historia. Pero esta vez se encuentra escrito de una manera indeleble : Tolon es la fecha real que comienza la carrera militar de Bonaparte.

Como curiosidades no tiene mas que su presidio y su puerto. A pesar de la poca simpatía que me inspiraba

el primero de estos establecimientos, no dejé de visitarlo al segundo dia de mi llegada. Desgraciadamente el presidio de Tolon no tenia en aquel momento ninguna notabilidad ; acababa, hacia dos ó tres meses, de enviar lo mejor que tenia á Brest y á Rochefort.

Los tres primeros objetos que chocaron á mi vista al entrar en el presidio, son primero un Cupido apoyado sobre una áncora, despues un crucifijo y últimamente dos cañones cargados de metralla.

El primer presidario que encontramos se vino derecho á mí y me llamó por mi nombre preguntándome si no le compraria alguna cosa de su tienda. Por deseos que tuviese de corresponder á sus atenciones, en vano traté de recordar el rostro de aquel hombre : notó mi embarazo y se echó á reir.

— El señor trata de reconocermé, me dijo.

— Si, lo confieso, pero no lo consigo.

— Sin embargo, he tenido el honor de veros con mucha frecuencia.

Cada vez iba siendo mas lisonjero el paso : únicamente yo no me acordaba haber frecuentado jamás tan buena compañía : en fin, quiso sacarme de dudas.

— Ya veo, dijo, que es preciso que diga al señor donde le he visio, porque el señor no se recordará, he visio al señor en casa de la señorita Mars.

— ¿ Y qué hacias en casa de la señorita Mars ?

— Servia, era su ayuda de cámara : yo soy el que le robé sus brillantes.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! ¿ con que eres Mulou ?

Me presentó una tarjeta.

— Mulou, artista presidario, para lo que gustéis mandar.

— Parece, le dije, que estais aquí perfectamente.

— Sí, señor, gracias á Dios, no esty mal; siempre es bueno dirigirse á personas de importancia. Cuando han sabido que era yo el que habia robado los brillantes de la señorita de Mars hasta me ha valido cierta distincion. Como siempre me he portado bien, me han dispensado los trabajos penosos: además, se ha visto bien que yo no era un ladron ordinario: he tenido una tentacion y nada mas. El señor sabe bien el refran: la ocasion hace al ladron.

— ¿Cuánto tiempo os queda todavía de condena?

— Dos años.

— ¿Y qué pensais hacer al salir de aquí?

— Pienso ponerme al comercio: aquí he hecho un buen aprendizaje, y cuando salga, Dios mediante, con excelentes certificaciones y cierta suma procedente de mis economias, tomaré en traspaso una tienda. Entretanto si el señor quiere ver la que tengo aquí...

— Con mucho gusto.

Mulou echó á andar delante de mí y me condujo á una especie de choza de piedra llena de toda clase de labores de coco, de coral, de marfil y de ámbar, que tenia en una especie de mostrador y formaban un surtido completo de la industria del presidio.

— ¿Pero podeis vos mismo solo confeccionar todo esto?

— ¡Oh! no, señor, me respondió Mulou, hago trabajar. Esos infelices lo trabajan y yo hago el comercio en grande; me traen todo lo que hacen, si no está bien les doy consejos y advertencias, dirijo y formo su gusto, les compro lo que hacen y despues lo revendo á los extranjeros.

— Entonces ganareis el ciento por ciento.

— ¿Qué quereis? me hallo en boga y es preciso que me aproveche de ello. El señor sabe bien que no todo el que quiere se halla en boga. ¡Oh! si yo pudiese permanecer aquí diez años mas únicamente, no tendria que tener cuidado por mi fortuna; me retiraria y bastaria para pasar el resto de mis dias. Desgraciadamente, señor, únicamente me han condenado por diez años, y dentro de dos tendré que salir de aquí. ¡Ah! si yo lo hubiera sabido...

Le compré algunas frioleras á aquel presidiario optimista: continué mi camino estupefacto de ver que hubiese gentes que pudiesen echar menos y sentir dejar un presidio. Encontré á Jadin en tratos con otro industrial que vendia cordones de Argel: era un árabe que nos contó toda su vida. Estaba allí por haber muerto á dos judíos. Pero en aquel tiempo, nos dijo, la gracia de Dios le habia tocado el corazon y se habia hecho cristiano.

— ¡Vive Dios! le respondió Jadin, que ha sido un gran triunfo para nuestra religion.

Habiamos empezado por las excepciones, pero bien pronto volvimos á las generalidades.

Dividense los presidiarios en cuatro clases: los indóciles, los reincidentes, los intermediarios y los experimentados.

Los indóciles, como lo denota su nombre, son aquellos con quienes nada hay que hacer: estos llevan un gorro verde y un chaqueton encarnado con las dos mangas pardas.

Siguen los reincidentes, que tienen el gorro verde, una manga encarnada y la otra parda.

Después los intermediarios, que tienen el gorro y chaqueta encarnada.

Y en fin, los experimentados que tienen la chaqueta encarnada y el gorro morado.

Los individuos de las tres primeras clases están apareados con una cadena de dos en dos : los de la última no tienen mas que la argolla al rededor de la pierna y sin cadena, y además se les da media libra de carne los domingos y los días festivos, mientras que los demás no toman mas que sopa y pan.

De las canteras y del puerto pasamos á los dormitorios : la cama de los presidiarios es un inmenso lecho de campaña de madera, cuyas dos extremidades son de piedra. Están sujetos con argollas, y á estas argollas para que puedan andar se sujeta con un candado la cadena que arrastran en el pié los presidiarios. No se les quitan aun cuando estén enfermos, y el condenado por toda la vida vive, duerme y muere con los grillos.

A cada salida del presidio hay dos piezas de artillería cargadas de metralla y apuntando día y noche.

Yo tenía cartas de recomendación para el comisario de marina : cuando supo que habíamos llegado á Tolon, nos hizo el obsequio de ofrecermé para mi servicio particular, durante el tiempo que permaneciese en Tolon, una lancha del Estado y doce presidiarios experimentados. Como teníamos que visitar los diferentes puntos del golfo, y admirar todo lo curioso que hay allí por lo pintoresco de la situación y por sus recuerdos, aceptamos con agradecimiento. En su consecuencia fué puesta á nuestra disposición la lancha, y de la que nos aprovechamos en el mismo instante para volver á nuestra bastida.

Al dejarnos, el capataz nos pidió la orden como podría hacerlo un cochero de una buena casa. Le dijimos que estuviese al día siguiente á las nueve de la mañana á nuestra puerta. Nada era mas fácil que obedecer literalmente nuestra orden, porque nuestra bastida se hallaba bañada por las olas del mar. Además, difícil sería exigir de aquellos desgraciados presidiarios un sentimiento mas profundo de su degradacion que el que ellos mismos sienten. Si os sentais en la lancha, se separan lo mas que pueden ; si andais, encogen las piernas para que no tropecéis con ellos : en fin, cuando echais pié á tierra y la lancha vacilante os obliga á buscar un apoyo, es el codo el que os presentan, tanto conocen que su mano no es digna de tocar nuestra mano. En efecto, los desgraciados comprenden que su contacto es infame, y á fuerza de humildad desarman casi vuestra repugnancia.

Al día siguiente y á la hora dicha, la lancha estaba debajo de nuestra ventana. No hay criados mas exactos que los presidiarios : el palo responde de su puntualidad, y si no fuese por sus mañas, yo desearia mucho no tener nunca otros criados. Mientras acabábamos de vestirnos, les dimos para que bebiesen dos botellas, que fueron distribuidas por el capataz. Este buen hombre hizo las particiones con una exactitud y un golpe de vista tal, que probaba que era práctico en aquel ejercicio del derecho individual. Llevó la imparcialidad hasta beber el último vaso, que no podia dividir en doce porciones, mas bien que favorecer á unos con perjuicio de los otros.

Visitamos primero á San Mandrier. San Mandrier es un hospital no solamente construído para los presidia-

rios, sino en cierta manera creado enteramente por ellos. En efecto, ellos han sacado la piedra de las canteras, ellos han labrado las maderas, construido el ladrillo, forjado las piezas de hierro, cocido las tejas, extendido en las minas el plomo, y solo el cristal es el que han tenido que traer de fuera.

Sobre San Mandrier y sobre la segunda colina está la torre de las señales, que sirve al mismo tiempo de sepulcro al almirante Latouche Treville.

Al salir de San Mandrier atravesamos toda la rada y fuimos á bajar al pequeño Gibraltar. Este es el fuerte que, como se sabe, fué tomado por Bonaparte en persona, y cuya toma produjo casi inmediatamente la rendición de Tolon. El vencedor, al dar el asalto, fué allí gravemente herido de un bayonetazo en el muslo.

Volviendo del pequeño Gibraltar, atravesamos toda la escuadra del contraalmirante Massiemo-de-Claïrval : componíase de seis magníficos navios : el *Safran*, *Dido*, el *Neslor*, *Duquesne*, *Belona* y el *Triton*. Nos llegamos al costado de este último porque tenia que hacer allí una visita á un amigo, ya célebre entonces, pero cuya celebridad se ha acrecentado despues, gracias á una de las mas heroicas hazañas con que se honra la marina : este amigo era el vice-almirante Baudin. El hecho de armas era la toma de San Juan de Ulúa.

El vice-almirante, que era entonces el capitan que mandaba el Triton, era una de esas existencias olvidadas por la restauracion de 1815, y que acababa de volver á ponerse en actividad por la revolucion de 1850. Durante estos quince años, el capitan Baudin se habia refugiado en la marina mercante, y en esta parte de su carrera podría si quisiese, á falta de bellas acciones, citar buenas acciones.

El capitan Baudin nos hizo los honores de su buque con aquella gracia perfecta que solo tienen los oficiales de marina : despues, convidándose á almorzar al dia siguiente en nuestra bodega, rechazó todas las malas razones que le dimos para no quedarnos á comer con él á bordo : resultó de esto que dejamos el Triton á las ocho de la noche.

Quisiera yo saber qué es lo que impidió á los presidiarios, que eran doce, el cogernos unos veinte y cinco luises que llevábamos en nuestros bolsillos, el echarnos á la mar á Jadin, al capataz y á mi, y el irse buena-mente á donde hubieran querido con la lancha del gobierno. Cuando volvimos á nuestra bodega y nos vimos acosados con las puertas muy bien cerradas, di parte de mis reflexiones á Jadin.

Este me confesó entonces que por todo el camino le habia venido ocurriendo la misma cosa.

Al dia siguiente, á la hora convenida, vimos llegar á nuestro convidado en su elegante falúa con doce remos que hendian el agua con rápido y uniforme movimiento : hubiérase creído que eran movidos por el resorto de una máquina. El capitan dejó la falúa y subió á nuestra casa. La hospitalidad era menos elegante que la del Triton : un fondin de los alrededores habia hecho el gaso. Felizmente una de las cualidades del aire del mar es dar un eterno é insaciable apetito.

A las dos se separó de nosotros el capitan; yo le acompañé hasta la falúa. Esta se mecía sola en el mar. Los marineros, que probablemente habian contado con que el almuerzo degeneraría en comida, se habian ido á rezar sus devociones á la taberna del puerto de la Maise.

Esto, á lo que parece, era una enorme falta contra las reglas de la disciplina, porque habiendo querido llamarlos, el capitán me rogó que no lo hiciese, y me dijo que se iría solo á fin de que los culpables comprendiesen la enormidad de su pecado. Como el capitán se hallaba solo, y como se sabe que le faltaba el brazo derecho llevado por una bala de cañón, le ofreci entonces que se sirviese de mi tripulación, lo que aceptó á condición de que me quedase á comer con él. No era semejante condición la que pudiese impedirme alistarme en la tripulación del Triton; respondí, pues, que seguiría al capitán al cabo del mundo con las condiciones que quisiese imponerme. Acordado, pues, colocamos los remos en el fondo de la lancha, enderezamos el mástil, desplegamos la vela y echamos á andar.

Aunque sólo nos hallábamos á dos millas apenas del Triton, no dejaba la travesía de ofrecer peligros. Reinaba un mistral que era lo muy bastante para tener alborotado y alegre á todo el mar, y ya se sabe lo que son las alegrías del mar.

Seguramente, si el capitán hubiese tenido su tripulación ó solamente sus dos brazos, nuestra travesía hubiera sido una chanza; pero como no tenía más que un brazo, y á mi por compañero, su posición no era de las más cómodas. El capitán olvidaba siempre mi ignorancia en marina, de modo que me mandaba la maniobra como hubiera podido hacerlo al más ejercitado piloto, á lo que yo respondía tomando el babor por estribor y amarrando cuando era preciso alargar. Resultó de estas equivocaciones que con olas de doce á quince piés de alto, y un viento tan caprichoso como el mistral, no dejamos de pasar algunos peligros. Dos ó tres veces creí que vol-

caba la embarcación; me quité mi frac á pretexto de estar más libre para la maniobra, pero realmente para tener menos impedimento si la desgracia hacia que tuviese que seguir mi viaje á nado.

De tiempo en tiempo, en medio de mis perplejidades, echaba los ojos sobre el Triton. Divisaba toda la tripulación que, reunida sobre el puente, nos miraba maniobrar sin perdernos un instante de vista. No comprendía semejante inacción unida á tanta curiosidad: era evidente que sabían quiénes éramos. Entonces, pues, que veían nuestra posición, ¿cómo no venían en socorro nuestro? Comprendía toda la originalidad que había en ahogarse en compañía del mejor capitán tal vez de toda la marina francesa; pero confieso que en aquel momento no miraba este honor bajo su verdadero punto de vista.

Tardamos casi hora y media en llegar al buque, porque teníamos el viento contrario, y á fuerza de maniobras, que hicieron la admiración de la tripulación, llegamos á nuestro majestuoso Triton, el cual, como si fuese extraño á todos los caprichos del viento y la mar, se mecía apenas sobre sus anclas. Apenas estuvimos á su alcance, cuando cinco ó seis marineros se precipitaban en la falúa: entonces el capitán, con la gravedad y sangre fría que no le habían abandonado ni un solo instante, subió por la escala el primero: se sabe que esta es la etiqueta, el capitán es rey á bordo, explicó en pocas palabras el porqué volvíamos solos, y dió algunas disposiciones sobre el modo con que habían de ser recibidos los marineros cuando volviesen. En cuanto á mí, que le había seguido lo más pronto posible, recibí muchos cumplidos y enhorabuena por el modo distinguido con que había ejecutado las maniobras que me habían

mandado. Hice un saludo con aire modesto, respondiendo que estaba en tan buena escuela que nada tenia de admirable que hiciese semejantes prodigios.

La comida fué alegre y animada, nuestra expedicion hizo en parte los gastos de la conversacion. Allí me informé de las razones por que el teniente, que gracias á sus anteojos no nos habia perdido de vista un instante, se habia abstenido de enviar una lancha á nuestro encuentro. Nos respondió que sin un signo del capitán que indicase que nos hallábamos apurados, jamás se hubiese permitido semejante impolitica.

— Pero, le pregunté yo, ¿ si hubiéramos volcado ?

— ¡ Oh ! En ese caso era otra cosa, me respondió, teníamos lista la lancha.

— Que hubiera llegado cuando ya nos hubiéramos ahogado ; gracias.

El teniente me respondió con un gesto y encogiéndose de hombros, que queria decir :

— Qué quereis, esa es la regla.

Confieso que encontraba esa raspa muy dura, sobre todo cuando se aplica esta medida á gentes que no tienen el honor de pertenecer al cuerpo de la marina real.

Al marcharnos tuve la satisfaccion de ver á los doce marineros de la falúa que tomaban el fresco en las vergas : tenian que pasar allí toda la noche contando las estrellas, y olfateando por qué lado venia el viento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

FRAY JUAN BAUTISTA.

No podíamos haber venido tan cerca de la ciudad de Hieres, sin visitar el paraíso de la Provenza : únicamente vacilamos un momento sobre si habíamos de ir allí por tierra ó por mar. Fijó nuestra resolucion el comisario de marina, que nos dijo que no podia prestarnos los presidiarios para una expedicion tan larga, en atencion á que no les era permitido el pasar la noche fuera del presidio.

Enviamos, pues, á buscar nuestros asientos á la diligencia de Tolon á Hieres, que todos los dias pasaba sobre las cinco de la tarde á unos cien pasos de nuestra bastida.

Nada mas delicioso que el camino de Tolon á Hieres. No son llanuras, valles, montañas, las que se pasan ; es un jardin inmenso que se recorre. A los dos costados del camino se levantan arcos de granados, sobre los cuales se ve de tiempo en tiempo flotar como un penacho la cimera de alguna palma, ó levantarse como una flor de aloé : despues, mas allá de aquel mar de verdura, el azulado mar rodeado todo el largo de sus cos-

tas de lanchas con velas latinas, mientras que á lo lejos en su horizonte pasan ligeramente los tres mástiles con su pirámide de velas, ó desfila con rapidez el buque de vapor, dejando tras si un largo reguero de humo, perdiéndose lentamente en el cielo.

Al llegar al hotel no nos pudimos ya contener, y nuestra primera palabra fué preguntar á nuestro huésped si tenia jardín, y si en aquel jardín habia naranjos; habiéndonos contestado que si, nos precipitamos en él: empero si la gula es un pecado mortal, no tardamos en vernos castigados.

Guarde Dios á todo cristiano, como no tenga una doble dentadura de Desirabode, el famoso dentista, de morder con los dientes, como lo hicimos nosotros, las naranjas de Hieres. Al volver hácia nuestra bastida, divisamos á lo lejos á pié sobre el dintel de la puerta, un hermoso fraile carmelita de buena figura, larga barba gris, cubierto con una capa levantina, y el cuerpo rodeado con un cinturón árabe. Redoblé el paso con la curiosidad de saber lo que me proporcionaba tan extraña visita: el fraile vino entonces á mi encuentro, y saludándome en el mas puro romano, me presentó un libro en que estaban escritos los nombres de Chateaubriand y Lamartine. Aquel libro era el album del Monte Carmelo.

Esta es la historia de aquel fraile: pocas hay tan sencillas y tan edificantes.

En 1819, Fray Juan Bautista (su nombre lego era Casini), que habitaba en Roma, recibió mision del papa Pio VII de marchar á la Tierra Santa, y ver en su calidad de arquitecto qué medios habria para reedificar el convento del Carmelo.

El Carmelo, como se sabe, es uno de los montes santos: así como el Horeb y el Sinai fué visitado por el Señor.

Situado entre Tiro y Cesárea, separado únicamente de San Juan de Acre por un golfo, á cinco horas de distancia de Nazareth, y á dos jornadas de Jerusalem, cuando la division de las tribus, le tocó á Aser, que se estableció en el Septentrion, á Zabulen que se apoderó de su Oriente, y á Issachar que colocó sus tiendas al Mediodia. Por la parte del Occidente viene el mar á hañar su falda, que se adelanta y forma un punto entre las olas, y se presenta de lejos al peregrino que viene de Europa, como el punto mas avanzado de la Tierra Santa sobre el cual pueda ponerse de rodillas.

Sobre la cima del Carmelo fué donde citó Elias á los ochocientos cincuenta falsos profetas llevados por Acaz para que un milagro decidiese á los ojos de todos cuál era el verdadero Dios, si Baal ó Jehová. Alzaronse dos altares en el plano de la montaña, y pusieronse víctimas sobre cada uno de ellos. Los falsos profetas invocaron á sus idolos, que quedaron sordos. Elias llamó á Dios, y apenas se habia arrodillado, cuando bajó del cielo una llama de fuego que lo devoró todo á la vez, no solamente la llama y la víctima, sino tambien la piedra del sacrificio. Los falsos profetas vencidos, fueron degollados por el pueblo, y glorificado el nombre del verdadero Dios. Sucedió esto el año 900 antes de Jesucristo.

Desde aquel dia quedó el Carmelo en la posesion de los fieles. Elias dejó á Eliseo, no solo su capa, sino tambien su gruta: sucedieron á Eliseo los hijos de los profetas, que son los antepasados de san Juan. Cuando la muerte de Cristo, los religiosos que lo habitaban pasa-

ron de la ley escrita á la ley de gracia. Trescientos años despues, san Basilio y sus sucesores dieron reglas particulares á aquellos religiosos cenobitas. En la época de las cruzadas, los monjes abandonaron el rito griego por el rito romano, y desde san Luis á Bonaparte el convento edificado en el punto mismo donde el profeta levantó su altar fué abierto á los viajeros de toda religion, de todo país, y esto gratuitamente, en honra y gloria de Dios y del profeta Elias, el cual es tenido en igual veneracion por los rabinos, que le creen ocupado en escribir los sucesos de todas las edades del mundo, por los magos de Persia, que dicen que su maestro Zoroastres fué discípulo de aquel gran profeta, y en fin, por los musulmanes, que piensan que habita en un delicioso oasis, en el que se encuentran el árbol y la fuente de la vida que mantienen su inmortalidad.

La santa montaña habia sido consagrada al culto del Señor durante dos mil seiscientos años, cuando Bonaparte vino á poner sitio á San Juan de Acre: entonces el Carmelo abrió como siempre su hospitalaria puerta, no á los peregrinos, no á los viajeros, sino á los moribundos y á los heridos. Con ochocientos años de distancia, habia visto llegar allí á Tito, á Luis IX y á Napoleón.

Estas tres reacciones del Occidente contra el Oriente fueron fatales al Carmelo. Despues de la toma de Jerusalen por Tito, los soldados romanos lo devastaron: despues del abandono de la Tierra Santa por los cristianos, los sarracenos degollaron á los habitantes: por último, despues del desastre de Bonaparte delante de San Juan de Acre, los Turcos se apoderaron del Carmelo, asesinaron los heridos franceses, dispersaron los monjes, rom-

pieron las puertas y las ventanas, y dejaron inhabitable aquel santo asilo.

No quedaba, pues, del Carmelo mas que sus derruidos muros, y de la comunidad un solo monje que se habia retirado á Kaiffa, cuando fray Juan Bautista, designado por su general al papa, recibió de Su Santidad la órden de ir al Carmelo á ver en qué estado habian puesto los infieles la santa hospederia de Dios, y qué medios habria para reedificarlo.

No estaba muy bien escogido el momento. Abdallah-Bajá mandaba por la Puerta, y este ministro del sultan tenia un profundo odio á los cristianos: este odio se aumentó todavía mas con la revolucion de los Griegos. Abdallah escribió al sublime emperador que el convento del Carmelo podia servir de fortaleza á sus enemigos, y solicitó el permiso de destruirlo: le fué fácilmente concedido. Abdallah hizo minar el monasterio, y el enviado de Roma vió saltar las últimas ruinas del edificio que estaba llamado á reconstruir. Sucedió esto en 1821. No tenia nada ya que hacer en el Carmelo fray Juan Bautista y volvió á Roma.

Sin embargo, no habia renunciado á su proyecto. En 1826 marchó á Constantinopla, y gracias al crédito de la Francia y á las instancias del emperador, obtuvo de Mahamoud un firman que autorizaba la reconstruccion del monasterio. Volvió entonces á Kaiffa, y halló al último monje muerto.

Se vió entonces enteramente sola la santa montaña, se sentó sobre el resto de una columna bizantina, y allí con su lápiz en la mano, arquitecto elegido para la casa del Señor, hizo el plano de un nuevo convento mas magnífico que ninguno de cuantos habian existido ja-

más, y despues de aquel plano, el presupuesto : subia este á doscientos cincuenta mil francos. Determinado el presupuesto, el milagroso arquitecto que edificó así con el pensamiento sin ocuparse de la ejecución, fué á la primera casa que encontró á pedir un pedazo de pan para cenar aquella noche.

A la mañana siguiente comenzó á ocuparse de los medios de sacar los doscientos cincuenta mil francos necesarios para la ejecución de su santa obra.

La primera cosa en que pensó, fué en crear una renta á la comunidad que todavía no existia. Habia reparado á cinco horas de distancia del Carmelo y á tres horas de Nazareth, en dos molinos harineros, abandonados, ya á consecuencia de la guerra, ya porque se habia alejado el agua que los hacia moler. Buscó tanto y tan bien, que á una legua de distancia encontró un manantial que por medio de un acueducto podia llevar el agua hasta los molinos. Esto le alegró, y seguro de que podia poner en accion sus molinos, fray Juan Bautista se ocupó de su adquisicion. Pertenecian á una familia de drusos : era una tribu que descendia de aquellos israelitas que adoraron el Becerro de Oro : habian conservado la misma idolatría de sus padres. Todavía hoy las mujeres llevan por peinado el cuerno de una vaca. Este cuerno, que no tiene ningun adorno en las mujeres pobres, es plateado ó dorado en las ricas. La familia drusa, que se componia de una veintena de personas, no quiso deshacerse del terreno elegido por sus antepasados, aunque aquel terreno no le producía nada : hubiera creído que aquello era una impiedad. Fray Juan Bautista les propuso le arrendasen el terreno que no querian venderle. El jefe de la familia consintió en la última condicion. El producto

de los molinos debía dividirse en tres partes ; un tercio para los propietarios, y los otros dos tercios para los arrendatarios.

En efecto, los arrendatarios debian ser dos, el uno debía poner su industria, y este era fray Juan Bautista, pero era preciso que el otro pusiese el dinero para la reparacion de los molinos y la construccion del acueducto. Fray Juan Bautista fué á buscar á un amigo suyo turco, que habia conocido en su primer viaje, y le pidió nueve mil francos para poner en ejecución su laboriosa empresa. El turco le llevó á su tesoro, porque los turcos que no tienen ni renta ni industria tienen todavía, como en los tiempos de las *Mil y una noches*, el dinero, el oro y la plata en toneles. Fray Juan Bautista cogió la suma de que tenia necesidad, hipotecó al reembolso de aquella suma la tercera parte de la renta de los molinos, y gracias á esta primera remesa de fondos hecha por un musulman, pudo el arquitecto echar los cimientos de su hospedería cristiana. Nada se trató de intereses ; sin embargo, se necesitaba á lo menos doce años para que su parte de la renta cubriese lo que el mahometano adelantaba : en cuanto al contrato, fué cosa muy sencilla y natural, las condiciones se determinaron de viva voz, y los dos contratantes juraron por su barba, el uno á nombre de Mahoma, y el otro en nombre de Cristo, observarle religiosamente.

¿Qué cosa hay mas sencillamente grande que aquel cristiano que va á pedir dinero á un turco para reedificar la casa de Dios, ni nada mas grandemente sencillo que aquel turco que se lo presta sin mas garantía que el juramento del cristiano ?

La reedificacion del Carmelo era no solo una cuestion

religiosa, sino tambien de humanidad : el Carmelo es una santa hospedería donde son recibidos sin pagar los peregrinos de todas las creencias, los viajeros de todas las naciones, y aquel que llega no tiene necesidad de decir, para hallar cama y comida, mas que :

— Hermano, estoy cansado y tengo hambre.

Pronto fray Juan Bautista marchó para su primera expedicion, dejando el cuidado de ejecutar su acueducto y la reparacion de los molinos á un neófito inteligente. Al marchar escribió que los que quisiesen reunirse al superior de los carmelitas de Oriente no tenian mas que acudir, y que dentro de algun tiempo habria un monasterio para recibirlos. Recorrió entonces las costas del Asia Menor, del Archipiélago y las calles de Constantinopla, pidiendo por todas partes limosna en nombre del Señor : y á los seis meses despues, volvió trayendo una cantidad de veinte mil francos, suficiente á los primeros gastos de su edificio. Por último, el dia del Corpus, hora por hora del en que Abdallah habia hecho saltar los muros del antiguo convento, colocó fray Juan la primera piedra del nuevo.

Pero antes del fin del año se acabó aquella cantidad : entonces fray Juan Bautista volvió á marchar á la Grecia y á Italia : y portador de una suma considerable, volvió segunda vez trayendo la vida al monumento que continuó creciendo, y que ya en aquella época estaba bastante adelantado para dar hospitalidad á los viajeros. Lamartine, Tailor, el abate Desmazares, Chammartin y Dantzatz, se alojaron allí durante sus viajes en Palestina.

Así es como sin cansarse por las fatigas, sin desanimarse por las negativas que hallaba, ofreciendo á Dios sus peligras y sus humillaciones, fray Juan Bautista,

aunque de edad mas de sesenta y tres años, prosiguió su obra.

Once veces fué al Carmelo y once veces volvió de allí. Durante diez años que duraron sus correrías, visitó todo un hemisferio : fué de Jerusalem á Damasco, de Jaffa á Alejandria, al Cairo, á Roma, á Trípoli de Siria, á Smirna, á Malta, á Atenas, á Constantinopla, á Túnez, á Trípoli de África, á Siracusa, á Palermo, á Argel, á Gibraltar, penetró hasta Fez y hasta Marruecos, recorrió toda la Italia, toda la Córcega, toda la Cerdeña, toda la España, y una parte de la Inglaterra, de donde volvió por Irlanda y Portugal ; tanto la primera como la décima vez, ora á pié, ora en el carruaje de los pobres carruajeros, que por toda recompensa le habian pedido que los encomendase á Dios : si habia tenido hambre, habia pedido pan en las cabañas, si habia tenido sed, agua á las fuentes : en cada casa de los curas tenia siempre dispuesta una cama para el descanso de algunas horas. Así, habiendo salido del mismo lugar que el Judío Errante, con una bendicion en vez de un anatema, venia despues de haber visto casi tantos países como él, á terminar sus correrías por la Francia.

Ofrecí mi ofrenda á fray Juan Bautista, ruborizado de que fuese tan corta, pero le di cartas de recomendacion para amigos mas ricos que yo.

Hoy fray Juan Bautista ha vuelto á pedir un sepulcro á aquella montaña que él ha dotado con un palacio.

Y ahora, Dios guarda el convento del monte Carmelo : habia vuelto al Carmelo con el completo de una suma de doscientos treinta mil francos. Pero su presupuesto, como todo presupuesto debe ser, se encontraba en cien mil francos inferior á la realidad, de modo que acababa

de llegar por la duodécima vez del Carmelo, á fin de hacer una última cüestacion en Francia, habiéndose reservado el reino cristianísimo como su último y supremo recurso.

Lo que habia de admirable en aquel hombre es que, durante los diez años en que habia ido recogiendo la limosna del Señor, ni un óbolo de aquellos descientos treinta mil francos que habia recogido, lo habia empleado en sus necesidades personales. Si habia tenido que pasar los mares, habia recibido su pasaje gratis sobre algun pobre buque que habia esperado con aquella buena obra tener un mar tranquilo y un viento favorable. Si habia tenido reinos que atravesar, los habia atravesado á pesar de Ibrahim, de Abdul-Megih, y sobre todo del comodoro Napier.

EL GOLFO JUAN.

Dejamos á Tolon despues de haber permanecido unas seis semanas. Como nada hay que ver desde Tolon á Frejus, sino es el país, que podiamos ver perfectamente por las ventanillas del carruaje, tomamos un coche público. Además, para un observador el carruaje público tiene una ventaja que compensa todo su desagrado, y es que puede allí estudiarse bajo una vista bastante curiosa, la clase media del país que se recorre.

Hallábase completo el interior de nuestra diligencia por un jóven de veinte á veinte y dos años, y un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco.

Tenia el jóven la figura sencilla, ojos asombrados, piernas embarazantes, un sombrero de pelo largo, un frac azul, un pantalon gris sin trabillas, medias negras, zapatos con lazo, y un reloj con varios sellos. El hombre de cincuenta y cinco años tenia el pelo gris y escasas patillas, ojos claros grises, nariz de papagayo, dientes mellados, y su vestido se componia de un cuello de